

Revista de Indias, 1989, vol. XLIX, núm. 186

DARWIN EN CUBA EL TRANSFORMISMO EN LA *REVISTA DE CUBA*

POR

MIGUEL ANGEL PUIG-SAMPER y FRANCISCO PELAYO
CSIC, Real Jardín Botánico, Madrid (*)

I. LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS, FÍSICAS Y NATURALES DE LA HABANA

A lo largo del siglo XIX se fue gestando la idea de establecer una Academia de Ciencias Médicas en La Habana. Esta idea cuajó en 1861, año en que por fin se fundó la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales. Esta institución en donde se iban a debatir temas científicos y médicos, tuvo su órgano de expresión en los *Anales*, cuyo primer número fue publicado en 1864. En este primer volumen apareció un artículo que hacía referencia, aunque de forma indirecta, al debate evolucionista. Se trata de la tesis de doctorado del médico cubano Antonio Suárez Inclán, en la que se discutía el tema de la *generación espontánea*.

Para Suárez Inclán, la generación espontánea, llamada también por la época, equívoca, primordial o heterogénea, podía entenderse de dos maneras: en el sentido que le daban los *materialistas*, que sostenían la formación de seres vivos por el sólo juego de las fuerzas físicas y químicas de la materia, o en el de los *vitalistas*, que creían en un modelo de generación espontánea que producía los organismos usando sólo la materia inorgánica y transformándola en «organizada» por virtud de una fuerza particular llamada *vital*, que existía independientemente de todo organismo. Había que suponer además que dicha «fuerza vital» era inherente a un fluido imponderable, como el éter o los fluidos electromagnéticos y eléctricos, o bien que estaba ligada a algunos de los elementos

(*) Proyecto de la Dirección Interministerial de Ciencia y Tecnología Nº PB87-0462-C05-05.

inorgánicos que entraban en la composición de los seres vivos, que en circunstancias favorables junto con las demás fuerzas físicas y químicas transformaban, organizaban y daban vida a las sustancias inorgánicas (1).

De todas formas, Suárez Inclán se limitaba a exponer una historia del debate sobre la generación espontánea desde Aristóteles y Lucrecio hasta Pouchet y Pasteur pasando por Redi, Needham, Spallanzani, etc.

La importancia de este tema radicaba en el hecho de que para los adversarios del darwinismo, si los partidarios de la teoría transformista eran coherentes con sus ideas, debían aceptar el supuesto de la generación espontánea, ya que ésta era la única explicación alternativa al creacionismo y fijismo de las especies.

Así, pocos años después, en una carta a la redacción de la *Revista de Cuba* acerca de una nota publicada en ésta, que hacía referencia a la polémica entre Pasteur y Bastian, su autor, E. J. Varona, afirmaba que contrariamente a la parcialidad que parecía deducirse de la nota de la revista en contra de la generación espontánea, había autores como Pouchet, Joly, Musset, Letourneau, etc., que eran partidarios de dicho tipo de generación, consecuencia lógica, según Varona, de la teoría darwinista (2). Tras exponer algunos experimentos que corroboraban tal afirmación, Varona sostenía la «necesidad de recurrir a un principio universal, generalmente aceptado, que permitiera deducir el verdadero valor» tanto de estas experiencias favorables a la generación espontánea como de las que parecían demostrar lo contrario. Para Varona este principio era la ley de la evolución. En su opinión, los postulados de Laplace, Spencer y del propio Darwin llevaban a presuponer de forma lógica la existencia de protoorganismos que tal vez podían ser las moneras de Haeckel (3).

Volviendo a la Academia, la primera referencia a la polémica darwinista en los *Anales* fue el discurso de ingreso en la Academia de Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, recogido en el tomo V de 1868. Este discurso, ya analizado por el Dr. Pruna, llevaba por título «Sobre la variabilidad de las especies en plantas y animales». Pozos Dulces, en su discurso, negaba la posibilidad de que se produjera una especie nueva a partir de las variaciones de otra.

(1) *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales*, I, La Habana, 1864, pág. 312.

(2) *Revista de Cuba*, I, La Habana, 1877, págs. 301-304.

(3) *Ibidem*.

Para Pozos Dulces la transmutación de las especies, tanto en plantas como en animales, no parecía que pudiera invocar en su apoyo ningún ejemplo o hecho concreto en la época histórica del hombre. Como los monumentos humanos más antiguos representaban la flora y fauna con las mismas formas y caracteres específicos con los que hoy se encontraban, los partidarios de la mutabilidad se veían obligados, en opinión de Pozos Dulces, a buscar en otras condiciones biológicas del pasado los argumentos favorables para su tesis (4). Esto era de lo más paradójico, ya que Pozos Dulces, al afirmar la necesidad que tenía el evolucionismo de recurrir a condiciones diferentes en el pasado, atribuía a este tema un postulado propio de los catastrofistas. De todos es bien conocida la influencia que tuvo en Darwin la lectura de los *Principles of Geology* de Lyell, partidario del actualismo, sistema opuesto al catastrofismo.

Según Pozos Dulces, las razas y variedades sí aumentaban de manera natural y artificial, sobre todo en el reino vegetal, debido a su subordinación a los agentes exteriores y también a causa del hibridismo. Llegado a este punto y a la hora de discutir cuales eran los límites de la variabilidad en la hibridación Pozos Dulces, en oposición a Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire y Darwin, sostenía que los experimentos de hibridación de Naudin en vegetales y de Baudemont, —profesor de zootecnia en el Conservatorio de Artes y Oficios de París—, demostraban que los partidarios de la mutabilidad de las especies no tenían en qué fundarse cuando apelaban a la transmutación de las especies, apoyándose en la hibridación o en el cruzamiento.

El discurso de contestación al de Pozos Dulces corrió a cargo de Felipe Poey. Sin comprometerse, Poey sostiene que la cuestión habría de plantearse en los términos de si la especie era fija y esencialmente invariable o bien podía variar de forma indefinida como consecuencia de las circunstancias que se habían dado en los diferentes períodos geológicos.

Para Poey, los experimentos de Naudin y Baudemont, —que demostraban que los híbridos fecundados entre sí durante algunas generaciones fluctuaban, se desordenaban y aún volvían al tipo primitivo—, lo único que hacían era descartar argumentos contrarios a la inmutabilidad (5).

Posteriormente, Pozos Dulces, en un artículo fechado en 1868

(4) *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales*, V, La Habana, 1868, pág. 225.

(5) *Ibidem*, pág. 236.

aunque publicado en 1880 en la *Revista de Cuba*, titulado «Sobre el origen de la especie», seguirá insistiendo en sus argumentos. Para él, tanto los hechos del mundo actual como los fósiles, testimonios del pasado, contradecían la idea de que pudiera verificarse un cambio en las formas específicas del reino animal.

Este autor terminaba diciendo que estaba dispuesto a aceptar la doctrina de la mutabilidad de las especies si semejante hipótesis descansaba sobre hechos y pruebas incontestables y que nada sería más deseable que conciliar en dicho sistema las verdades científicas con las reveladas, salvando así «la espiritualidad» y dignidad del hombre aún cuando estuviese demostrada, que estaba muy lejos de conseguirse, su filiación directa con otro tipo con el cual tuviese afinidades en el reino de la materia (6).

Esto lo sostenía, afirmaba Pozos Dulces, sin otro objeto que protestar contra ciertos críticos de Darwin que al impugnar su obra, apartándose del terreno puramente científico, esgrimían argumentaciones de un trascendentalismo que estaba en oposición con la verdadera filosofía (7).

Esta última precisión de Pozos Dulces guarda relación con la polémica que hubo en la Academia, acerca de la memoria presentada por el Dr. José Letamendi para optar al título de socio corresponsal. Letamendi, anteriormente, en su «Discurso sobre la naturaleza y el origen del hombre» (1867), había criticado la mutabilidad de las especies. Su memoria de ingreso, titulada «¿Qué puede afirmar hoy la ciencia acerca de la naturaleza y del origen del hombre?», fue expuesta por el Dr. Navarro. Tras la lectura, otro socio, González Delgado, protestó por las ideas emitidas y aceptadas por el informante en nombre de la Comisión de la Academia sobre las doctrinas sustentadas por Letamendi. González Delgado consideraba éstas como estériles especulaciones del *yo* y del *no yo* y de ser ideas puramente metafísicas que a nada conducían, y que «sólo servían para mantener a la ciencia en el estado de atraso del que felizmente la habían sacado los sabios que habían visto mejores luces en una filosofía que por ser más positiva era sin duda alguna más racional» (8).

Respecto a la antigüedad del hombre, González Delgado manifestaba que no se tenían los conocimientos suficientes para poder averiguar la época de aparición del hombre sobre la Tierra.

(6) *Revista de Cuba*, VI, La Habana, 1880, pág. 220.

(7) *Ibidem*, pág. 220.

(8) *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales*, VII, La Habana, 1870, pág. 355.

Las opiniones, continuaba argumentando González Delgado, se encontraban divididas entre los que sólo veían como verdadero lo que acerca de este tema exponía la revelación y los que «a pesar de la lluvia de anatemas que los ultracreyentes lanzaban de continuo sobre la filosofía positivista, abordaban la cuestión desde el punto de vista de la razón sin ningún tipo de influencia dogmática» (9).

En oposición a ello, el Dr. Navarro sostuvo que si bien era cierto que el origen, antigüedad y naturaleza del hombre estaban aún por esclarecer y que, en su opinión, algunas de estas cuestiones era irresoluble por ser superiores a la inteligencia humana, él no admitía que la última palabra de la ciencia al respecto fuera lo que el positivismo decía sobre el particular, porque, aunque aceptaba a esta filosofía como método científico, en cuestiones donde las ciencias no habían podido encontrar una solución el espíritu metafísico lo había conseguido muchas veces (10).

Otro socio, el Sr. Melero, se opuso al informe del Dr. Navarro, y rechazó el que las doctrinas ontológicas hubiesen triunfado alguna vez sobre las positivistas, materialistas y panteístas.

En este debate también participó el Dr. Mestre, que planteó las cuestiones de las causas finales (que Mestre citando a Bacon comparaba con las mujeres estériles), de la comparación de los órganos encefálicos del hombre con los de los demás animales y de la unidad de la especie humana.

Por último, en un alegato positivista, Mestre expuso que la gran ventaja de la doctrina positivista era haber desechado todas aquellas cuestiones, que en el orden científico era imposible que lograran una solución. González Delgado, por su parte, sostuvo que la filosofía positivista era la vida del progreso y terminó por reconocer las buenas dotes del candidato, que, finalmente, fue aclamado unánimemente como socio corresponsal (11).

Otro tema de debate en la Academia, relacionado de alguna manera con el darwinismo, fue ocasionado por el discurso de Manuel Antonio Aguilera, sobre las clasificaciones biológicas, en 1872.

Aguilera comenzó presentando las diferentes explicaciones dadas sobre este tema a lo largo de la historia. Así, opuso las opiniones de Cuvier a las de los partidarios de la línea serial, como Bonnet y Blainville. Estos últimos sostenían la idea de la

(9) *Ibidem*, pág. 356.

(10) *Ibidem*, pág. 358.

(11) *Ibidem*, pág. 361.

«cadena del ser», en donde todos los seres ocupaban un lugar jerárquicamente determinado desde la esponja al hombre. Aguilera proponía lo que él llamaba método de las ramificaciones (quizás se refería a árboles filogenéticos), conciliando las propuestas de Cuvier y Blainville.

A este discurso contestó Melero comentando que la idea de especie no había logrado aún una definición exacta, ya que las cuestiones de la estabilidad, la variabilidad y la transformación de la especie todavía permanecía sin resolver (12).

II. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE UNA NUEVA CIENCIA Y LA DIFUSIÓN DEL EVOLUCIONISMO POR LA ÉLITE INTELECTUAL CUBANA

A pesar de que los primeros comentarios a la obra de Darwin se produjeron en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, la verdadera discusión y difusión del evolucionismo no se realizó hasta el año 1877, en que se produjeron dos sucesos de interés indiscutible en la vida intelectual cubana: la creación de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba y la de la *Revista de Cuba* (13).

La Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (14), primera en su género en Latinoamérica, nació como correspondiente de la Sociedad Antropológica Española y como ésta fue apoyada desde el primer momento por la escuela antropológica francesa encabezada por Paul Broca, uno de cuyos discípulos directos, Luis Montané, fue el artífice principal de la institucionalización de la nueva disciplina científica en la Isla. Para Montané, los estudios en torno al hombre sólo han obtenido carta de naturaleza científica después del contenido metodológico dado por la escuela positivista francesa y de los sorprendentes descubrimientos de Boucher de Perthes, aunque no olvida los trabajos de

(12) *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales*, IX, La Habana, 1872, págs. 402-405.

(13) Hasta ahora hay dos trabajos básicos para el estudio de este tema: Pedro M. PRUNA, "La recepción de las ideas de Darwin en Cuba, durante el siglo XIX". *Quipu*, vol. 1, núm. 2, México, 1984, págs. 369-389.

T. F. GLICK, "La polémica del Darwinismo en Cuba". *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*, I, Zaragoza, 1984, págs. 413-418.

(14) Manuel RIVERO DE LA CALLE, *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. Comisión Nacional de la UNESCO. La Habana, 1966.

Sobre el transformismo en la misma Sociedad, es imprescindible la consulta de A. C. GARCÍA GONZALEZ y P. M. PRUNA: "El Transformismo en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba", *Asclepio*, vol. 39, núm. 1, Madrid, 1987, págs. 205-236.

Darwin y Wallace, «cuyas ideas han producido una verdadera revolución en las ciencias naturales» (15).

El estudio de la composición de la Sociedad Antropológica cubana nos indica que un alto porcentaje de sus miembros son médicos y abogados procedentes de la burguesía criolla, mantienen una posición filosófica positivista y en lo político se declaran liberales y autonomistas, aunque en casos puntuales fueron evolucionando hacia el independentismo. No es, por tanto, casual que en la primera Junta Directiva de la Sociedad figure Antonio Govín, uno de los principales ideólogos y propagandistas de las ideas liberales y autonomistas en Cuba (16), y el interés de la corporación por las ideas del antropólogo español Tubino, conocido federalista, positivista convencido y expositor en nuestro país de las ideas de Darwin y Haeckel (17). Quizá el último rasgo que puede caracterizar a los integrantes de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba es su acentuado racismo, muy en consonancia con los presupuestos ideológicos y los intereses económicos de la élite local cubana, lo que no significa que alguno de ellos no participara en el movimiento abolicionista, puesto que de lo que se trataba era de la sustitución de la mano de obra esclava por trabajadores libres en el proceso de modernización económica que propugnaban (18).

Con los mismos presupuestos ideológicos se creó la *Revista de Cuba* en 1877, dirigida por el positivista José Antonio Cortina (19), quien le imprimió un estilo similar al de la *Revista Contemporánea* que poco antes habían fundado en la Península los cubanos José del Perojo y Rafael Montoro, destacados propagandistas de la filosofía clásica alemana en España (20). Como

(15) Luis MONTANÉ, "La Antropología. Sus principios. Noción de esta ciencia". *Revista de Cuba*, I, La Habana, 1877; págs. 57-61.

"La Antropología en Cuba". *Revista de Cuba*, II, La Habana, págs. 363-369; y en *Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana*, La Habana, 1877, págs. 548-554.

(16) Julio Angel CARRERAS, *Cuba. Contradicciones de clases en el siglo XIX*. La Habana, 1985, págs. 204-216.

(17) Miguel Angel PUIG-SAMPER, y Andrés GALERA, *La Antropología española en el siglo XIX*. Madrid, 1983.

(18) Ramiro GUERRA, *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana, 1970. Asimismo debe consultarse la importante obra del profesor MORENO FRAGINALS, *El ingenio*. La Habana, 1978.

(19) Fernando PORTUONDO, "Biografía de la *Revista de Cuba*", en *Estudios de Historia de Cuba*, La Habana, 1986, págs. 356-374.

(20) Diego NÚÑEZ RUIZ, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid, 1975.

R. SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE Y MONTORO, *La filosofía clásica alemana en Cuba. 1841-1898*. La Habana, 1984.

era previsible, los colaboradores asiduos de la *Revista de Cuba* pertenecían al mismo grupo que los socios de la antropológica y en muchos casos eran éstos mismos los que firmaban los artículos más sobresalientes de la revista, en los que daban cuenta de las actividades de la Sociedad, discutían problemas científicos y filosóficos, y comentaban las novedades publicadas en otras revistas.

Las primeras referencias a Darwin las encontramos en el primer tomo de la *Revista de Cuba*, en el que Montané escribió un artículo en el que destacaba las contribuciones del sabio inglés a la ciencia del hombre y aparece una noticia con el título «Honores a Darwin», en la que se comenta el homenaje realizado al creador de la teoría evolutiva por parte de un numeroso grupo de profesores alemanes y holandeses (21). El mismo año encontramos una nota que comenta la traducción de *El Origen de las especies* por Godinez, de cuya distribución en la Isla se encargaría «La propaganda Literaria», editora de la *Revista de Cuba*, dato significativo para comprender la importancia de este grupo en la difusión del evolucionismo en Cuba (22).

En 1878, la revista creó las llamadas «Veladas de la Revista de Cuba» en las que Rafael Montoro, recién llegado de la Península, expuso un trabajo sobre el neokantismo en España para satisfacer la curiosidad intelectual de los colaboradores de la revista que se preguntaban qué rumbo habían tomado las ideas defendidas por su paisano Perojo (23).

Por otra parte, Montoro dio algunas explicaciones sobre la filosofía de Hegel, de la que era partidario, lo que provocó una viva polémica en torno al idealismo y al positivismo, en la que participaron Varona, Montalvo, Gassie, Varela Zequeira, Arango, etc... En las mismas «Veladas» Leopoldo Cancio propuso una conferencia sobre la teoría de la selección aplicada a la ciencia política y Esteban Borrero Echevarría otra sobre la biología dentro de la evolución (24), aunque la intervención más destacada fue la de Enrique José Varona, cuya filiación intelectual como seguidor del darwinismo social queda patente en el artículo que publicó en 1878 en la propia *Revista de Cuba* sobre la obra de

(21) "Honores a Darwin", *Revista de Cuba*, I, La Habana, 1877, pág. 572.

(22) "Traducción de Darwin", *Revista de Cuba*, II, La Habana, 1877, pág. 95.

(23) "Veladas de la *Revista de Cuba*", *Revista de Cuba*, IV, La Habana, 1878, págs. 214-221.

(24) "Miscelánea", *Revista de Cuba*, IV, La Habana, 1878, pág. 323.

Andrés Poey *El Positivismo*, donde ataca ferozmente las ideas de Comte y Littré, apoyándose en Spencer, Huxley y Quetelet (25).

En las «Veladas de la Revista de Cuba», Varona expuso su trabajo *La Moral en la Evolución*. Para ello utilizó un comentario de Gerard sobre Voltaire, en el que el primero se mostraba partidario de que la moral es exclusivamente individual, principio con el que Varona se mostraba en desacuerdo por ser contrario a la teoría evolucionista. Según Varona «si consideramos la raza humana en el largo curso de su existencia sobre la tierra, o en los diversísimos grados de civilización en que se muestra según los distintos países del globo, encontramos una lenta y gradual manifestación de fenómenos conscientes y morales, que se elevan de un estado de simplicidad rudimentaria a la complicación y complejidad de estados anímicos del hombre contemporáneo, perteneciente a la raza superior; manifestación acompañada de un simultáneo desarrollo morfológico del órgano del pensamiento que hace inferir una sucesiva multiplicación y encadenamiento de funciones fisiológicas». Establece, por tanto, una correspondencia entre la evolución biológica y la evolución moral, ejemplificándola con la situación de los pueblos «primitivos» y los «civilizados». Pide que se estudie la moral, producto evolutivo de la inteligencia humana, como ciencia natural en la que sería aplicable la ley de transformación perpetua. De forma un tanto análoga a los modernos sociobiólogos, resuelve todos los sentimientos morales en el «instinto de conservación», aunque en este caso no de genes —lo que por otra parte sería imposible—, sino de las diferentes estructuras que conforman el individuo. Según Varona, cuando la materia organizada llega a tener *conciencia* de que vive y puede hacer representaciones de seres análogos «es ya posible la evolución que, del instinto en grado extremo egoísta de la conservación, sacará los sentimientos altruistas». Más tarde y volviendo a sus postulados casi sociobiológicos nos dice que «el hombre no tiene sólo deberes sociales, los tiene individuales si bien los deberes del hombre para consigo mismo carecen de significación, como el individuo no mire a su conservación, desa-

(25) Enrique José VARONA. “El Positivismo”, *Revista de Cuba*, III, La Habana, 1878, págs. 193-209.

Sobre la personalidad de Varona: Fernando PORTUONDO, “Martí y sus amigos Celio Acosta y Enrique José Varona”, *Estudios de Historia de Cuba*. La Habana, 1986, págs. 224-239.

rollo y perfeccionamiento en vista de la *especie*. Este es el gran fin de la ciencia moral» (26).

En este mismo año de 1878 la *Revista de Cuba* sigue dando algunas noticias sobre Darwin (27) y aparece el trabajo de Esteban Borrero Echevarría «Las plantas carnívoras», en el que se propone resumir los estudios del profesor Hooker después de hacer un recorrido histórico desde la descripción de la dionea hecha por Ellis en 1768. Para Borrero, se debe a Darwin no sólo la confirmación de los hechos atestiguados por los primeros observadores, sino también el descubrimiento de hechos nuevos e importantísimos que explicarían la estructura y comportamiento de las plantas insectívoras como dependientes de un proceso adaptativo, si bien Borrero entiende éste como respuesta a una necesidad, lo que le sitúa entre los seguidores de Lamarck, a quien cita (28). Tímidamente evolucionista, y más bien gradualista avanzado, se mostró Montané en su artículo «El Reino Humano», en el que criticó la existencia de tal reino creado por Quatrefages (29).

En 1879 el grupo de la *Revista de Cuba* y de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba trasladó sus discusiones al Liceo de Guanabacoa. Enrique José Varona disertó sobre *La evolución psicológica*, con el propósito de estudiar la progresiva manifestación de la actividad anímica en los animales y el hombre. Al preguntarse si la naturaleza procede por lenta y gradual evolución o por súbitas y completas revoluciones, sólo admite la primera posibilidad ya que considera que la teoría evolutiva tiene un carácter científico por basarse en un método hipotético-deductivo, mientras que la segunda posibilidad se ha inducido de hechos inconexos y escapa de la observación y verificación. Varona cree que la actividad psíquica es un grado mayor de diferenciación orgánica, acompañada de un grado mayor de coordinación interna. Según él, para un organismo progresar es relacionarse; la ley del progreso en los seres vivos es aumentar, extender y complicar sus relaciones con todo lo que no son ellos, aunque critica la exageración de Haeckel, que pretendía encontrar

(26) Enrique José VARONA. «La Moral en la Evolución», *Revista de Cuba*, IV, La Habana, 1878, págs. 29-36.

(27) «Miscelánea», *Revista de Cuba*, III, La Habana, 1878, pág. 479; IV, 1878, pág. 109.

(28) Esteban BORRERO ECHEVARRÍA. «Las plantas carnívoras», *Revista de Cuba*, IV, La Habana, 1878, págs. 232-239.

(29) Luis MONTANÉ. «El reino humano», *Revista de Cuba*, IV, La Habana, 1878, págs. 337-347.

los fenómenos primordiales de la vida psíquica en las células. Para explicar la evolución psicológica desde los animales inferiores al hombre utiliza *El origen del hombre* de Darwin y llega a decir que «procediendo la vida psíquica por sucesivas complicaciones, ni más ni menos que la diferenciación del sistema nervioso, comprenderemos que sólo hay diferencias de grado en las manifestaciones anímicas del animal al hombre». Para rebatir al profesor Orus, que había presentado una «teoría del plan uniforme» según la cual todas las especies habían sido creadas por una inteligencia externa siguiendo un plan de sucesivo perfeccionamiento, Varona acusa a esta teoría de teleológica además de trasladar la evolución a la mente divina, con lo cual habría que declarar inexplicable el fenómeno. Asimismo, Varona atacó a los que diferenciaban entre los actos humanos y los llamados instintos animales, curioso ejemplo —según él— de lo que son y lo que pueden ser en filosofía las ilusiones verbales. En contra de los idealistas que mantenían que los actos «instintivos» no eran manifestaciones de la vida psíquica animal opone la teoría evolutiva que, según él, establece leyes explicativas de la vida orgánica (30).

La exposición más detallada de las doctrinas de Darwin en el Liceo de Guanabacoa estuvo a cargo de Antonio Mestre, sin que esto quiera decir que se muestre partidario convencido de las tesis evolucionistas, fiel a los principios del positivismo. Así, aunque lo primero que hizo fue una declaración en contra de las explicaciones teológicas y metafísicas, se disculpa rápidamente diciendo: «Mas no se diga que yo opongo lo uno a lo otro, lo moderno a lo antiguo, la materia al espíritu, al Creador la criatura, la ciencia a la teología y a la metafísica». En su discurso, Mestre presenta un esquema evolutivo según el cual la concurrencia vital no sería suficiente para explicar el desarrollo del mundo orgánico, si a ello no contribuyesen tres elementos: la alteración individual y la aparición de variedades, la transmisión hereditaria de esas alteraciones y la selección ejercida por la naturaleza en favor de los cambios más ventajosos. Realmente lo más interesante es su apreciación final en la que después de insistir en su credo positivista, declara que lo que sí exige la ciencia es que se suministre la prueba experimental de alguna de esas transformaciones en el presente o en el pasado porque mientras esto no se hiciera el transformismo no dejaría de ser

(30) Enrique José VARONA. "La evolución psicológica", *Revista de Cuba*, VI, La Habana, 1879, págs. 5-22.

una hipótesis, aunque se apoyara artificialmente en gran número de hechos. Aún así, lo considera útil como medio de investigación particular y de ideas generales, siempre sujetas, por supuesto, a la observación y a la experiencia (31).

En una línea ideológica muy similar a Mestre desarrolló su discurso José Francisco Arango sobre el «Origen natural del hombre». Como Mestre, hizo una declaración de fe positivista para opinar a continuación que la transformación de las especies, suposición en la que se basa el darwinismo, es una hipótesis no demostrada, por lo que, sin ser enemigo del transformismo, no puede concederle más importancia que la debida a una hipótesis ingeniosa pero no suficientemente positiva, por lo que deducciones como el posible origen común con ciertos monos le parece una exageración. Asimismo, Arango criticó las aplicaciones sociológicas del evolucionismo biológico, argumentando que la teoría de la selección está en franca contradicción con las grandes leyes sociales. Por sus críticas a Cortina, director de la *Revista de Cuba*, sabemos que éste se mostró claramente a favor del darwinismo a pesar de considerarse positivista convencido, lo que para Arango era una contradicción (32).

José R. Montalvo, quien se felicitó por la posibilidad de discutir libremente arduos problemas en un país en donde hasta hacía poco existía la intolerancia religiosa, desarrolló un discurso sobre «El hombre terciario», destacando las contribuciones científicas de Boucher de Perthes, Lamarck, Darwin y Haeckel. Para él «La lucha por la vida y la selección sexual realizán, día por día, su misteriosa obra de mejora y perfeccionamiento, y así como unas especies se han extinguido y otras están en vísperas de extinguirse, muchas se preparan actualmente para aparecer en el porvenir. El inmenso laboratorio de la naturaleza fabrica sin cesar, y las modernas investigaciones científicas, reuniendo nuevos hechos a la herencia del pasado, nos autorizan a presentir leyes positivas en asuntos que todavía son controvertibles». Este positivismo favorable a las tesis evolucionistas fue apoyado por Agustín Reyes, quien consideró que la vida había nacido de las mismas condiciones que en la actualidad la sostenían y la continuaban por medio de la evolución. En su opinión había que declararse

(31) Antonio MESTRE. "Origen natural del hombre", *Revista de Cuba*, V, La Habana, 1879, págs. 419-528.

(32) José Francisco ARANGO. "Origen natural del hombre", *Revista de Cuba*, VI, La Habana, 1879, págs. 134-150.

evolucionista por la capacidad explicativa de la teoría, aunque sin descartar que ésta podría ser superada por otra (33).

Por último, cabría destacar el discurso de Luis Montané sobre «Los microcéfalos y el Mono», en el que admite una gradación en la escala de los seres vivos y describe algunos fenómenos de «atavismo» y herencia anómala que le hacen dudar de las explicaciones de Darwin para demostrar el proceso de especiación (34).

A partir de 1880 las discusiones en torno al darwinismo parecen refugiarse de nuevo en la Sociedad Antropológica cubana en la que se presentan trabajos como «La adaptación» de Varela Zequeira (1880), «La cronología en sus relaciones con la evolución» de Ragués (1882), los de Dueñas sobre la evolución del cerebro en relación a la inteligencia (1883), «La Política moderna y la ciencia antropológica. El problema de la colonización» de Arístides Mestre (1887), «La aclimatación en sus relaciones con la colonización moderna» de La Torre (1887), «Concepción de la vida universal» de Arango (1888) —en la que rectifica su posición en las discusiones del Liceo de Guanabacoa y se declara partidario de Darwin, «Algunas consideraciones sobre la estación bípeda del hombre» de Francisco Calcagno (1888), «La adaptación en Política» de Antonio Zambrana (1888) —en honor a Darwin— y «La evolución del Instinto» de José M.^a Céspedes (1889) (35).

(33) José R. MONTALVO. “El hombre terciario”, *Revista de Cuba*, VI, La Habana, 1879, págs. 475-486.

(34) Luis MONTANÉ. “Los microcéfalos y el mono”, *Revista de Cuba*, VI, La Habana, 1879, págs. 501-516.

(35) Manuel RIVERO DE LA CALLE (14).